

ducta la obediencia que les habeis prometido solemnemente. Esta será vuestra mejor salvaguardia y la mejor prenda de eficacia para las obras de vuestro ministerio.

Si el mundo os desprecia y persigue cruelmente, tened entendido que con esto sereis más dignos de Aquel que os ha llamado al honor de ser sus ministros. El mundo os adorrece porque no sois de los suyos; os aborrece porque aborreció à Jesucristo. Vosotros, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, sin cuidados de las ofensas y de las injurias, esforzaos en triunfar del mal por el bien; y aún en medio de este mundo ingrato, seguid repartiendo los tesoros de la verdad, de la caridad, de la salvacion que el Señor ha puesto en vuestras manos. Haced más todavía: redoblad vuestros esfuerzos, redoblad vuestro celo, segun las actuales exigencias que van aumentando mientras el número de obreros evangélicos disminuye. Se acabará por apreciaros y por amaros, si os presentais además al combate nutridos de segura y copiosa doctrina, como se exige ahora, adornados de la verdadera virtud y sin hacer ostentacion de ella; porque esta virtud se manifiesta siempre por una vida irreprochable y por el espíritu de caridad, de abnegacion y de sacrificio.

Si es de Jesucristo y de su Iglesia, y es verdaderamente así, que debe venir à la sociedad la renova-

cion moral y su salvacion, no olvideis que es à vosotros, ministros de Cristo y de la Iglesia à quienes corresponde ser los instrumentos más activos de esta renovacion y de esta salvacion social.

El cielo no dejará de daros los auxilios que pidais con oportunidad; y las preces que se elevan ya en todas las regiones del mundo hácia la poderosísima Virgen, bajo la advocacion de Nuestra Señora del Rosario, y que recomendamos ardentísimamente à vuestro celo, nos inspiran una confianza particularísima y abren nuestro corazon à las más felices esperanzas.

Con estos sentimientos, imploramos de una manera especial las gracias del cielo sobre todos los miembros del sacro colegio, sobre todos los Arzobispos y Obispos que forman à nuestro alrededor una corona de honor, sobre el Episcopado italiano todo entero. A todos los sacerdotes aquí presentes y à todos los que se han unido à vosotros de corazon y de espíritu, concedemos del fondo de nuestra alma la Bendicion Apostólica."

ORDENES SAGRADOS.

El dia 30 de Noviembre próximo pasado recibieron el orden del presbiterado los sres.

D. Juan de Dios L. Rivera,
" Manuel Jimenez,
" Luis Becerra, y
" Luis Ruiz.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas González.

Tom. 4. Guadalajara, Diciembre 22 de 1883. NUM. 24.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

A nuestras amadas hijas en Cristo, nobles señoras, la Marquesa del Viso, Duquesa de San Carlos; Condesa de Peñaranda, Marquesa de Rivas; Condesa de Villalobos, Marquesa de Bueno [de Palmira], Victorina Ibarquén del Río, Condesa de Armildez, Marquesa de San Martin.

LEON PAPA XIII.

Amadas Hijas en Cristo, Nobles Señoras: Salud y Bendicion Apostólica. Con grande gozo supimos por vuestra carta à Nos enviada, la determinacion que teniais, secundada por Nuestro Amado Hijo, el Cardenal Arzobispo de Toledo, y por otros preladados de España, y santamente unidas, de establecer en ese vuestro reyno la Obra piadosa de ayudar con oportunos auxilios los ministerios y empresas de aquellos que dedican y consagran sus trabajos y cuidados à la propagacion de la fé, entre las gentes más remotas.

Tan preclaro es y tan digno de la

virtud cristiana este vuestro propósito y determinacion, amadas hijas en Cristo, que no solamente Nos le aprobamos con mucho gusto, sino que tambien con los mayores encomios le alabamos y aplaudimos.

Porque ante los ojos de Dios, ¿qué cosa puede serle más grata ni gloriosa, ni más oportuna para merecer de su Bondad, que el celo y la beneficencia que se encaminan à la propagacion del reino de Cristo en la tierra, à procurar la salvacion de las almas, y à promover el acrecentamiento de la Religion, particularmente en estos tiempos, en que por todas partes las necesidades de las sagradas misiones reclaman el que sean socorridas con toda diligencia por la liberalidad y limosnas de los fieles?

A este fin, pues. Amadas Hijas en Cristo, tiende vuestro nobilísimo designio. Vuestra Obra, con la que os mostrais cooperadoras de la verdad, y que teneis grande empeño en que todos aquellos que viven en las tinieblas y sombra de la muerte y ba-

jo de su poderío, libres de todas ellas, sean trasferidos á la luz y al reino de Dios.

Por lo cual Nos os felicitamos en el Señor de lo más íntimo de nuestro corazon, y os excitamos de nuevo aunque tan libérrimamente lo estais vosotras, para que lleveis á cabo la obra que habeis aceptado, por causa de la Religion y de la Fé, con toda fidelidad y constancia, por ser muy grata á Dios, y de gran merecimiento ante sus divinos ojos, ayudadas de su gracia.

Nos, entre tanto, condescendiendo gustosamente á vuestro ruego, declaramos que vosotras y todas las personas de vuestra Asociacion, participarán perpetuamente de todos los dones y gracias espirituales que nuestros predecesores quisieron que participaran y gozasen del Tesoro de la Iglesia, los piadosos asociados y curadores de esta Obra, y pedimos al Señor con empeño, para que dirija vuestras óptimas voluntades, difunda con grande extension el espíritu de vuestro celo, y haga que estos vuestros deseos tan gratos á Nos, tambien lo sean para vosotras, para vuestras familias y patria, faustos y saludables.

Por último, en testimonio de nuestra paternal, dileccion, á vosotras, amadas Hijas mias en Cristo, Nobles Señoras, y á todos vuestros Asociados, como prenda segura de celestiales gracias, á vosotras y á vuestra

Asociacion, y á la piadosa Obra á que habeis consagrado vuestros desvelos, os damos en el Señor muy afectuosamente, nuestra Apostólica Bendicion.—Dado en Roma junto á San Pedro el 25 de Junio de 1883. Año sexto de nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.

SECCION II.

Disciplina particular de la Diócesis.

CIRCULAR

del gobierno eclesiástico del Arzobispado de Guadalajara.

Sr. Cura de....

La Junta de salubridad, deseosa de reunir todos los datos que puedan existir relativos á las epidemias que han aparecido en este Estado, tanto en el año de 1814, como en el periodo de 1783 á 1786, me ha dirigido una comunicacion pidiéndome los que se registren en los archivos de todos los curatos del Arzobispado.

Por lo mismo, á fin de obsequiar debidamente los deseos de la mencionada Junta, le recomiendo á U. que, registrando cuidadosamente el archivo de ese curato de su cargo, en lo relativo á las épocas mencionadas, lo más pronto que pueda, me remita los datos que encuentre concernientes á las epidemias á que la misma Junta se refiere.

Dios Nuestro Señor guarde á U. muchos años.—Guadalajara, Noviembre 29 de 1883.

✠ PEDRO,
Arzobispo de Guadalajara.

SECCION III.—Variedades.

AUDIENCIA PONTIFICIA.

A la peregrinacion del Clero Italiano ha seguido otra de los católicos fieles Italianos, la que se ha reunido el domingo 7 de Octubre en la Basílica de San Pedro, conducida por el E. Sr. C. Agustin Patriarca de Venecia. Eran mas de 30.000 los que solicitaron y obtuvieron postrarse á los piés del gran Pontífice Leon XIII; y para contener á tan numeroso concurso, se eligió para recibirlo el mayor templo del mundo.

En el brazo derecho de la cruz latina de la Iglesia de San Pedro, y que hace poco tiempo sirvió para el Concilio Vaticano, allí donde está la capilla de los Santos Proceso y Marfiniano, se levantó bajo un recamado baldoquin el trono pontificio. A la mitad de la altura de sus gradas, por ambos lados, estaban colocados los asientos para el Sacro Colegio; y al frente, y á sus piés, los de los RR. SS. Obispos que hacian parte de la peregrinacion. Una doble fila de guardia Suiza y Palatina de riguroso uniforme, indicaba el camino que debia seguir el Cortejo Pontificio.

La gran Basílica que desde las primeras horas de la mañana estaba cerrada, debia permitir el ingreso á tan numeroso concurso por dos puertas,

una por la plaza de Santa Marta para los peregrinos de Roma y sus provincias, y la otra por la puerta de bronce del palacio apostólico para los de las otras partes de Italia. La audiencia estaba fijada para las once de la mañana; por lo qué, desde las nueve los peregrinos afluan para colocarse al lado de los grupos que representaban. Allí se veian los miembros de los Consejos Regionales Católicos precedidos de sus estandartes respectivos, los cuales fueron colocándose á los lados del trono, siguiendo todos á uno que ostentaba un crucifijo representando á los Terceros de San Francisco de Nápoles. A las once y cuarto se entonó el Santo Rosario por todos los que encabezaban los gremios y por el presidente de la Sociedad de la Juventud Católica Italiana, al que contestaba el inmenso concurso, retumbando las bóvedas del templo con tan devota plegaria, formando el espectáculo mas sorprendente y conmovedor que imaginarse pueda. A las doce en punto bajó el Santo Padre de su morada, por la capilla del Sacramento á la Basílica, llevado en la silla *gestatoria*. Poco antes de descender á la audiencia, el Santo Padre habia entregado al Cardenal Vicario 10000 liras para que se distribuyeran en obras de beneficencia y entre familias pobres. El Santo Pontífice venia acompañado de los I. I. y R. R. SS. Machi, Maestro de Cámara,

Marinelli, Sacristan, Sanminiatelli, limosnero secreto, Boccoli y Manni camareros secretos, de su noble antecámara y de los maestros de ceremonias pontificias.—A la instantánea aparición del Santo Pontífice, un acorde y prolongado grito de ¡viva Leon XIII, ¡viva el Papa Rey, fué lo que se escuchó de aquella agrupada multitud. Instante indescribible, y conmovedor entusiasmo fué aquel en que de una manera tan solemne confirmaba la antigua fé de los italianos á la cátedra de Pedro.

Al Santo Padre seguían los EE. y RR. SS. Cardenales Di Pietro, Sacconi, Bilio, Monaco, Marticielli; Sedochowski, Francelin, Howard, Parocchi, Nina, Alimonda, Jacobini, Ludovico, Blassum, Agostini, Bianchi, Mertel, Randi, Pecci, Zigliara, Pecci, Paracciani, Lasagni, Jacobini, Angelo, así como otros 22 Arzobispos y Obispos, después de los que seguían los de Palermo, Reggio, Calabria, Civitavecchia, Livorna, Corneto, Breslavia y el Obispo auxiliar de las cinco ciudades de Umbria. Después que S.S. se hubo sentado en el trono y recibido los homenajes del E. Señor C. Patriarca y presidente de la peregrinación, y de todos los condecorados, tomando sus asientos á su alrededor, el Conde Viancino, presidente del Comité Regional Católico de Turin, haciendo las veces de S. E. el Duque Salviati que no concurría porque se ha-

bia enfermado, leyó el siguiente afectuoso y noble discurso.

SANTISIMO PADRE:

“Ved otra vez ante vos á los peregrinos italianos. Mientras dure pues la guerra á la Iglesia; mientras nuestro Padre y maestro se halle en tal condición, contra la que vuestra palabra reivindica sus sagrados derechos y dirige al puerto de salvación á la humanidad, nosotros sentiremos la necesidad y el deber de volver á vuestra Roma para postrarnos otra ocasión á vuestros pies. Qué consuelos, que fuerzas tenemos que esperar de lo que hacemos, ya lo hemos experimentado; y por esto para gozar todavía más, venimos á agruparnos al alrededor de vuestra Cátedra de verdad, mientras rimbomben el error á vuestro lado. Quienes escuchen oh Padre Santo vuestra voz, que es la de Pedro, la de Dios, que nos recuerda las verdades eternas, no puede menos que oír doctrinas santas é inmutables. Quienes saluten á esta grande Roma cristiana y Pontificia que la fé y la historia, el cielo y el mundo redimido proclaman: los que admiren en sus monumentos los designios de la Providencia, la manifestación eterna de su divinidad por las pruebas constantes de su iglesia: los que sentimos reanimado nuestro espíritu y sostenida nuestra piedad ante la memoria que el trascurso de los siglos

nos han dejado los vicarios de Jesucristo, los mártires y los santos en este suelo bendito: ante tan elocuentes grandezas, que no son para expresarse en el humano lenguaje, ante el polvo sagrado de las catacumbas, y á los esplendores de este grande templo, declaramos á la faz de todo el mundo, que jamás plantas extrañas y profanas podran sostenerse sobre este suelo sagrado. Y si tales pensamientos son los de todas las partes del mundo, para atraer á esta tierra privilegiada á vuestros hijos, motivos mas poderosos, razones mas grandes son las que debe tener la católica Italia para venir hácia vos, pues que ella tiene necesidad de sostener siempre y por siempre y comprobar de la misma manera, que la unidad solo está en Vos, y la felicidad solo esta en sujetarse y obedecer á vuestra suprema autoridad: que ella tiene un doble deber de daros tal prueba de afecto, dando al mundo entero tal ejemplo de adhesión; y que tiene en fin el deber, en el mismo grado, de hacer una pública y solemne reparación de su falta: ved por qué nos veis ahora á vuestros pies.

En nombre de nuestra patria se oprime á la Iglesia: en su nombre se efectuó el despojo del Pontificado romano. Los culpables de este hecho fueron es verdad sectas y hombres italianos que no pueden ser la Italia: esas sectas fueron las que le impusieron su

pesado yugo. Nosotros, por tanto, cuando por la fé hemos aprendido la verdadera caridad para nuestra patria, nosotros querriamos librarla de la reprobación que por aquellos hombres mereció y de los castigos del cielo que por su iniquidad se atrajo. Nosotros conocemos, gracias á Dios, los grandes motivos que tuvo siempre la Italia, para confiar en el Papado, y para gloriarse de haber sido preferida al honor de poseerlo; por lo que, ella mejor que nadie, debe estar unida á él; ved pues porque afirmamos y confesamos en alta voz: que la Italia está oprimida, que es una víctima, y que es infeliz: que ella no olvida al Papa, que no es enemiga del Vicario de Jesucristo, y que no es, ni nunca le será ingrata. Los italianos católicos amamos á nuestra tierra natal, deseamos que sea feliz, la queremos grande; ved pues, porque nos dirigimos á Vos, y porque pedimos vuestro triunfo. La libertad no es enemiga de nuestra madre la Iglesia; ved porque en ella vemos la fuente y la garantía de toda nuestra prosperidad; y no dañando esa libertad á nuestro Padre el Romano Pontífice, ni al respeto de sus imprescriptibles derechos, con una dulce sugerencia nos sujetamos á su voluntad: he aquí la gloria de la Italia. ¡Ah! quisiéramos que ella fuese libre, libre para alejarle los males que la afligen; libre para que iniciara la vuelta del mundo entero á la Iglesia, y la renovación de la sociedad que por doquiera la desea, y la que solo puede encontrarse en la vida verdaderamente cristiana de los gobiernos y de las naciones. Mas si á nosotros no nos es dado cambiar el corazón de los